gar hasta él, y que nos proporcione la satisfacción de todos nuestros deseos y el desvanecimiento de todos nuestros temores. San Agustín aborda la cuestión presentándola de esta manera: «Sólo es dichoso aquel que tiene en sí mismo á »Dios; pero decidme, ¿quién es el que tiene á »Dios en sí (1)?

»—Yo creo, dijo Licencio, que el que obra »bien, tiene en sí á Dios (2).»

Trigecio entonces replicó con viveza: «Sólo »el que hace la voluntad de Dios, tiene á Dios »consigo (3).»

En este momento, tomando Adeodato la palabra, dió la preciosa respuesta que ya mencionamos en otro lugar: «El que no lleva consigo el »espíritu impuro, ese lleva á Dios en sí mismo»; idea que aplaudió Santa Mónica (4).

---

(1) «Nihil ergo, inquam, nobis jam quærendum esse arbitror, nisi quis hominum habeat Deum? beatus enim profecto is erit. De quo, quæso, quid vobis videatur.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

(2) «Hic Licentius: Deum habet qui bene vivit.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

(3) «Trigetius: Deum habet, inquit, qui facit quæ Deus vult fieri. Lastidianus concessit.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

(4) «Puer autem ille minimus omnium: Is habet Deum, inquit, qui spiritum immundum non habet. Mater vero omnia, sed hoc maxime approbavit.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

«¿Y quién es el que no tiene el espíritu im»puro?» repuso San Agustín, apurando á Adeodato con el fin de que explicara su pensamiento (1).

«—Es, dijo el niño, el que vive castamen»te (2).

»—¿Y en qué consiste vivir castamente? ¿con»siste acaso en evitar las grandes faltas (3)?

»—¡Oh! no, replicó Adeodato, sólo es verda»deramente pura el alma que ama á Dios, y se »ocupa de Él con exclusión de lo demás (4).»

Así en tres palabras, y como de tres saltos, este hijo de San Agustín, niño aún, había llegado á lo más sublime de la filosofía y de la religión. «Nada humano, dice, nada terrestre lle»na el alma; ésta sólo es feliz por la posesión de »Dios, y el único medio de poseerle, tanto en »esta vida como en la otra, consiste en amarle; »pues para el amor no hay distancias, ni espa-

---

(1) «Abs te, quæro, tu puer, qui fortasse aliquando sereniore ac purgatiore spiritu istam sententiam protulisti, quis tibi videatur immundum spiritum non habere?» (*De Beata Vita*, n. 18.)

(2) «Is mihi videtur, inquit, spiritum immundum non habere, qui caste vivit.» (*De Beata Vita*, n. 18.)

(3) «Sed castum, inquam, quem vocas?» (*De Beata Vita*, n. 18.)

(4) «Ille est vere castus, qui Deum attendit et ad ipsum solum se tenet.» (*De Beata Vita*, n. 18.)

»cios, une con Dios las almas á través del mundo »y uniéndolas las trasforma y las hace dicho»sas. Y si es verdad que, aun cuando el alma se »fija en seres limitados y pequeños, el amor la »hace como insensible á las molestias, á los do»lores y á las privaciones; si es cierto que le co»munica una paz, una seguridad y una fuerza »invencible; y por fin, si es indudable que el amor »terreno no sólo alegra el alma sino que la ele»va y extasía, ¿qué sucederá cuando el objeto de »este amor sea Dios mismo? Por esto los Santos »han sido felices aun bajo el peso de la cruz, y »si el mundo no comprende la dicha que disfru»tan, es porque el mundo ignora lo que es amar.»

Al día siguiente se reanudó la conferencia, versando, muy á gusto de todos, sobre los que buscan á Dios. Habíase dicho que sólo son dichosos los que le poseen, pero ¿qué pensar de los que ni poseen ni buscan á Dios? Era Agustín quien presentaba la cuestión, y, al hacerlo, recordaba su grande alma, con pena indudablemente, á los que fluctúan en las incertidumbres que tanto le habían agitado.

Descartóse en el acto á los académicos, es decir, á esos filósofos que, habiendo buscado la verdad sin encontrarla, desesperan de ella, y concluyen por creer que debe dudarse de todo: «Felices ellos», dijo Santa Mónica sonriéndose y

empleando un juego de palabras de difícil traducción: *¡Caducarii sunt!* como si dijera, *son aficionados á las cosas caducas, y á la vez epilépticos*, es decir, por todos lados infelices. Semejante idea, por su originalidad, hizo reir á los asistentes que aplaudieron sin reserva (1).

Realizada esta separación, tratóse de los que buscan á Dios.

«Supongamos un hombre que no desespera »de la verdad, que tiene confianza en que Dios »ha creado luz para él, y supongámosle tal que »de hecho y por sí mismo busca esta luz, ¿ese »hombre es feliz ó desgraciado?

»—Es desgraciado, dijeron los jóvenes que allí »estaban, porque no lleva á Dios en sí.

»—¿Estáis bien seguros? dijo Agustín, que de»fendía entonces la causa de los que como él ex»perimentan vacilación é inquietudes. Tú, Li»cencio, dices, que quien hace la voluntad de »Dios, tiene á Dios en sí; pues bien, ¿el que bus»ca á Dios, no hace lo que Dios quiere? Tú, Tri»gecio, dices, que tiene á Dios en sí el que obra »bien, ¿acaso el que busca á Dios no obra bien? »Y á tí, Adeodato, sólo te preguntaré una cosa, »¿puede el espíritu impuro buscar á Dios?»

Sorprendidos los tres jóvenes al oir estas pre-

(1) *De Beata Vita*, n. 17.

guntas, miraban á Agustín un tanto confusos, no sabiendo qué contestar; pero Mónica vino en su ayuda (1), y aclarando con perspicacia y habilidad admirables los argumentos un tanto sutiles de Agustín, demostró que para ser feliz no bastaba tener á Dios en sí; pues le tienen, lo mismo los que le buscan que los que le poseen, sino que era necesario tenerle por amigo, lo cual es propio de estos últimos, es decir, de los que le poseen.

Volviendo á hablar los jóvenes, repuso Licencio con viveza:

«—Si Dios no es amigo de los que le buscan, »habrá de ser su enemigo, y esto no lo admitiré »jamás.

»—Ni yo tampoco, dijo Trigecio, pero debe »haber un medio entre tener á Dios por amigo, ó »tenerle por enemigo.

»—Sí, dijo Mónica, valiéndose para ello de un »texto de la Sagrada Escritura, el que vive bien, »tiene á Dios en sí, como amigo; el que vive mal »le tiene también, pero como enemigo; y por úl»timo, el que buscando á Dios no le ha hallado »todavía, ni le tiene por amigo ni por enemigo;

(1) «Hic cum se cæteri concessionibus suis deceptos riderent, postulavit mater ut ei hoc ipsum quod conclusionis necessitate intortè dixeram, explicando relaxarem atque solverem.» (*De Beata Vita*, n. 19.)

»pero Dios está cerca de él. ¿Admitís vosotros »esto (1)?

»—Sí, contestaron todos.

»—Esperad, replicó Agustín, que no encontra»ba aún bastante clara la posición de los que »buscan á Dios, ¿acaso Dios no es amigo de aque»llos en cuyo favor se inclina (2)?

»—Sí, dijeron (3).

»—¿Y no se inclina en favor de los que le bus»can (4)?

»—Sí, ciertamente (5).

»—Luego debemos concluir: que el que busca á »Dios y le encuentra, tiene á Dios por amigo y »es feliz, que el que le busca y no le ha encon»trado, tiene á Dios por amigo, pero aún no es »feliz; y por último, que el que arrastrado por »sus vicios, se aleja de Dios y le desconoce, ni »es feliz ni tiene á Dios por amigo (6).»

(1) «Qui bene vivit, inquit mater, habet Deum, sed propitium; qui malè, habet Deum, sed adversum; qui autem adhuc quærit, nondumque invenit, neque adversum neque propitium, sed non est sine Deo.» (*De Beata Vita*, n. 21.)

(2) «Dicite mihi, quæso, inquam: Non vobis videtur esse homini Deus propitius cui favet?»

(3) «Ecce confessi sunt.»

(4) «Non ergo, inquam, favet quærenti sese homini?»

(5) «Responderunt: Favet.» (*De Beata Vita*, n. 21.)

(6) «Ista igitur, inquam, distributio erit, ut omnis qui jam Deum invenit, et propitium Deum habeat, et

Doctrina admirable hasta en la exposición y digna seguramente del grande hombre que había recorrido todos estos estados, y sabía por experiencia, cuán cercano está Dios de las almas que le buscan, y cuán amable y cariñoso es para las que tienen la dicha de encontrarle.

Estas pláticas duraron hasta el tercer día, en que, desapareciendo las nubes que les obligaron á no salir de la casa de baños, y habiendo recobrado el cielo su serenidad; bajaron todos al jardín, sentándose al pie de un árbol (1). Habíase tratado el primer día de los que poseen á Dios, y el segundo de los que le buscan; debía, pues, hablarse en el tercero de los que están privados de él; de su miseria, de su indigencia y de su esterilidad. Mónica asistió á esta conferencia, y por dos veces tomó la palabra. Acababa Trigecio de suscitar una cuestión bastante sutil, á saber, si todos los miserables se encuentran en la indi-

---

beatus est; omnis autem qui Deum quærit, propitium Deum habeat, sed nondum sit beatus. Jam vero quisquis vitiis atque peccatis à Deo se alienat, non modo beatus non sit, sed ne Deo quidem vivat propitio.» (*De Beata Vita*, n. 21.)

(1) «Tertius autem dies disputationis nostræ matutinas nubes quæ nos cogebant in balneas, disipavit, tempusque pomeridianum candidissimum reddidit. Placuit ergo in pratuli propinqua descendere...» (*De Beata Vita*, n. 23.)

gencia; citando un rico, de quien habla Cicerón, el cual poseía toda clase de bienes, nombre ilustre, inmensa fortuna y grande fama; que estaba bien mirado, y en general atendido y honrado, pero que no gozaba de nada porque temía perderlo todo. «Este hombre, dijo Trigecio, era mi»serable, pero no vivía en la indigencia.»

Tomando entonces Mónica la palabra, dijo: «Yo no concibo bien esa distinción, ni veo que »pueda separarse la miseria de la indigencia, y »la indigencia de la miseria. ¿Por qué hemos de »decir que una persona está en la indigencia »cuando carece de oro y plata, y no hemos de »decir que lo está asimismo cuando carece de sa»biduría (1)?»

Esta doctrina que hacía de los bienes del alma un elemento de fortuna, admiró sobremanera á todos, quedando San Agustín muy complacido de que su madre atinase con la solución que él reservaba para el fin, como la más bella que había aprendido en los libros de los filósofos. «Ya

---

(1) «Nescio, inquit, et nondum plenè intelligo quomodo ab egestate possit miseria, aut egestas à miseria separari. Nam et iste qui dives et locuples erat, et nihil (ut dicitis) ampliùs desiderabat, tamen quia metuebat ne amitteret, egebat sapientia. ¿Ergone hunc egentem diceremus, si egeret argento et pecunia; cum egeret sapientia, non diceremus?» (*De Beata Vita*, n. 27.)

»veis, dijo á sus amigos, la diferencia que hay »entre estudiar muchas cosas, y mantenerse uni- »do á Dios siempre: porque ¿dónde encuentra el »alma esos bellos pensamientos que nosotros ad- »miramos en mi madre, sino en su íntima unión »con Dios (1)?»

Para terminar y resumir las conferencias, Agustín pronunció algunas palabras llenas de fe y de entusiasmo, elevándose hasta Dios, manantial, alimento y patria de las almas. «Pensemos »en Dios, dijo, busquémosle, tengamos sed de »Él. Es Dios sol que ilumina interiormente al »hombre, y aun cuando nuestros ojos, ó dema- »siado débiles ó menos acostumbrados, no pue- »dan mirarle de frente; todo lo bueno y cuantas »verdades decimos, vienen de Él. Por más que »investiguemos, mientras no bebamos en el ma- »nantial de donde brota el bien, debemos con- »fesar que no hemos llegado á la altura debida. »Y no seremos sabios, ni poseeremos la verdade- »ra felicidad, ni quedaremos satisfechos; hasta

(1) «Ubi cum omnes mirando exclamassent, me ipso etiam non mediocriter alacri atque læto, quod ab ea potissimum dictum esset, quod pro magno de philosophorum libris, atque ultimum proferre paraveram: ¿Videtisne, inquam, aliud esse multas variasque doctrinas, aliud autem animum attentissimum in Deum? Nam unde ista, quæ miramur, nisi inde procedunt?» (*De Beata Vita*, n. 27.)

»conocer bien y llevar en nuestro corazón al Pa- »dre que da la Verdad, al Hijo que es la Verdad »misma y al Espíritu Santo que nos une á la »Verdad, es decir, las tres Personas que no son »más que un solo Dios para las almas iluminadas.»

Al oir Santa Mónica estas palabras, muy grabadas en su memoria, porque eran del padre de su alma, San Ambrosio, y las había cantado á menudo en la iglesia de Milán, prorrumpió entusiasmada:

«Trinidad santa, acoge nuestros ruegos (1);

y después de haber recitado todo el verso con especial expresión: «¡Oh! sí, dijo, he aquí la vida »feliz y la perfecta dicha, tras la que es necesa- »rio correr con fe invariable, firmísima esperan- »za y caridad sin límites.» En cuyas palabras se encuentra resumido cuanto se había tratado en aquella conferencia de tres días.

Así humildes mujeres hallan á veces en su corazón una luz que los más doctos no encuentran siempre en su espíritu: así la pureza y el amor suben hacia Dios de una manera que envidian sin duda los más ilustrados. Y siempre será lo mismo; porque las obras de Dios han salido todas de su corazón, y las comprenderán mejor los que más sepan amar.

(1) Himno de San Ambrosio: *Deus creator omnium.*